

El pueblo de humo

Teresa Girbal

F E P Fondo
Editorial
Pampeano



SUBSECRETARÍA DE CULTURA
MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION
GOBIERNO DE LA PAMPA

Girbal, Gladys Teresa

El pueblo de humo. - 1a ed. - Santa Rosa : Fondo Editorial
Pampeano, 2008.

70 p. ; 15x17 cm.

ISBN 978-950-9810-74-7

1. Narrativa Argentina. I. Título CDD A863

Diseño de tapa e interior: Miguel Sanchez para **uslna**  diseño

Susana bajó la vista y se miró las uñas pintadas.

-Y bueno... hay que defenderse, defender al pueblo, no puede venir una intrusa a reírse de nosotros.

-Susana, ¿supiste lo de Montalvo?

-Ahí tenés.

-Pero es el caso inverso y me da la razón. Montalvo es recibido en el Industrial, de Técnico Químico, y se hace pasar por bioquímico, se hace llamar doctor. Y él no vino porque se le ocurrió, lo trajeron, lo trajo la "trenza" de Hortos, a pesar de lo que despotricó el imbécil de Carlos.

-Pobre.

-Sí, vos decís pobre. Tené la franqueza de decir tarado, idiota, cretino, que es lo que pensás y lo que pienso yo, aunque lo quiera tanto.

Carlos, recuerdo como lloraba aquella vez. Era un llanto de hombre, insoportable. La importancia ante lo crapuloso y descarado. Quería hablarme mientras lloraba y no le era posible articular.

Yo me sentía de una insensibilidad culpable. Hubiera tenido que llorar como él, que gritar, que sacudir los puños contra el revoque nuevo del hospital.

Sólo supe sacar los cigarrillos. Prendí uno y se lo puse en la boca. Prendí otro para mí y empujé la puerta de vidrio depulido hacia la calle.

Él tal vez quería mi complicidad, no, mi colaboración, habría

querido que formáramos otra “trenza”, pero no, la gente honesta no forma “trenzas”, esas aterradoras logias que subyacen en las pequeñas comunidades; esas agrupaciones con iniciados, postulantes y cofrades. No, Carlos no quería eso, quería quién sabe qué cosa peregrina: que se lo respetara, que lo dejaran trabajar como médico, muy joven, pero devoto y estudioso. Que la gente respetara a Lina, la chica porteña con quien se había casado y de la que esperaba un hijo. No tenía padrinos en el pueblo, ése era el asunto.

-No te calentés por tan poca cosa -se me ocurrió decir por decir.

Se quedó parado en mitad de la calle y me miró, con los ojos infantilmente irritados. Cuando siguió caminando dijo. -Espero no estar equivocándome con vos también, Lucio.

Yo ahí tendría que haberle dicho. -Mirá hermano, conmigo no te equivocás, yo soy el que se ve. Tengo demasiado egoísmo, y demasiada “fiaca” para aparentar ser.

Pero me quedé callado, porque Carlos ya lo sabía y por eso era que caminaba a mi lado. Mi indiferencia, mi indolencia, le venían a doler ahora porque se sentía una piltrafa.

Lucio retornó al sofá peludo de los Matti y le dijo a Susana:

-¡Cuesta vivir acá! ¿no?

Susana se tambaleó espiritualmente. Por un segundo sintió como si Lucio le hubiera arrancado una prenda, dejándola semidesnuda.

Y estuvo a punto de mirarlo, complacidamente derrotada, y confesarle: -¡Sí, sí, es horrible vivir en esta sociedad infame! ¡Son malos!; Somos malos! ¡Esto es asqueroso, quieroirme!

Pero miró primero el techo, luego el cuadro chino sobre fondo negro, y murmuró: -Como en todas partes, ya te habituarás.

Lucio también miró el cuadro abominable -estaban tan de moda- y dijo, encogiéndose de hombros: -Y bueno... cada cual sabe las cosas que lo ayudan a vivir.

¡Cuántas veces había visto pasar a los Diodoros, altos y funambulescos en esa especie de carroza! Si entrecerraba los ojos, toda la basura parda y coruscante se confundía con el artesonado de un carro triunfal. Los extraños sombreros eran galeras y los sacos viejos, levitones.

En el atardecer, hacia esas calles de tierra, donde se acababa el caserío, hacia el basural apartado, hieráticos como enojados con todo el mundo, los Diodoros se perdían, desaparecían. Nadie los imaginó nunca en las sucias tareas siguientes. Era su paso fantasmal de recolectores, apocalíptico, agónico, lo que en cierta manera relacionaba al pueblo con toda la humanidad doliente.

La madre de los Diodoros, o bien, la mujer de uno y madre de los otros dos, -quién podría saber sus edades, sus relaciones. Era la vieja Diodora, la que vivía con las gallinas.

Aquella vez que Estela fue a comprarle unos huevos la hizo entrar.

-Y, una docena tengo, pero están a quinientos, ¿eh?

-Sí, no importa.

Se quedó en el vano, con la luz de afuera sujetándola al mundo real. En la visión de Estela predominó el marrón terroso, esfumando-

se por los contornos de la pura sombra.

Los trapos que en el orden lógico deberían ser blancos, eran grises, perlados, por ejemplo, el delantal de Diodora, una especie de turbante que le tapaba la cabeza y unos colgajos que había junto a una palangana. Después el mundo multicolor y multiforme era tan prodigioso, variado e inconcluso, que daba la sensación de una estampa abigarrada del Bosco o de Breughel el Viejo.

Distinguió en el vertiginoso inventario: un termómetro de pared, quebrado, una lata de galletitas Bagley, marrón por el óxido, varios floreros rotos o rajados, una rosas de celofán, de las que se ponen en las tumbas, zapatos sueltos de hombre y de mujer, una faja con cordones, una piedra de azufre...

Iba a decir: -“No se moleste”, cuando vio a la vieja zarandearse en posiciones incómodas. Vio cómo se echaba debajo de la cama, recogía algo y se lo metía en el delantal; levantaba mantas y cueros, tiraba cacharros, finalmente, en la última embestida, sacudió con amplitud una colcha vieja que se hinchó como un velamen. Se oyó el cacareo alarmado y Estela vio la bataraza aleteando por el cuarto, multiplicada en el ropero de lunas incompletas, marcadas por la humedad.

La vieja la espantó hacia afuera y Estela tuvo que retroceder para dejarle paso.

La Hermana le había deslizado nuevamente, dentro de su libreta de calificaciones, una invitación para la misa de Comunión General.

Estela sintió nostalgia. Recordó el chocolate aguado y el pan

fresco que seguía aquellas misas de cuando ella iba al colegio. Sintió hambre. Un hambre extraño y triste. Se parecía a lo que había sentido cuando se quedó sin dinero y ayunó hasta el ridículo por no pedir fiado. Cuando recibió aquella milagrosa encomienda de su casa que contenía finas confituras de almendra y se las comió como pan, porque no había podido comprarse pan.

La misa, la comunión. Una vaga ternura envolvía esas ideas. Una ternura de la que ella, deliberadamente, quería huir.

¿Iría? ¿qué la detenía? ¿indiferencia? ¿incredulidad? ¿vergüenza?

Ella deseaba saber en qué recodo había quedado su fe. Pero de todas maneras, su fe, ¿cómo resolvería ahora las cosas? Sólo servía para dificultar su problema con Lucio. Cuando ella estaba ya encontrando las razones humanas para ceder, venían a estorbarle sus escrúpulos religiosos.

-No es un delito, -se decía-, apenas una vergüenza, una pequeña vergüenza de amor, como la de tantos, que no importa mucho, que el tiempo después va gastando, hasta que no se sabe bien si ha existido.

No, no iría a la misa. O más bien, iría, por condescendencia con la directora, pero se quedaría discretamente de pie, detrás de los bancos.

Lucio le había deslizado un papelito en el "nido", por el que le pedía una entrevista en un paraje sombrío y sospechoso que había detrás del hospital.

Estela sintió repulsión y miedo. ¿Qué pensaba Lucio de ella?

¿Ponía a prueba su paciencia a propósito? ¿La exponía conscien-

temente a las lenguas que él sabía tan dañinas?

Guardó el papel con desencanto, y esa tarde, al volver a su casa cerró cuidadosamente la puerta.

Se acostó después de cenar unas tiras de fiambre y papa hervida. Se llevó a la cama una manzana y un libro, pero no se atrevió a permanecer mucho tiempo con la luz encendida.

Apagó el farol a una hora prudente y veló en la sombra contemplando las rayitas de luz que hacían de tanto en tanto en la pared los faros de los automóviles.

Auscultaba la calle detrás de la celosía; el más leve cuchicheo, el viento, el aleteo de las hojas, el rodar sobre las vainillas de la vereda. Una vez había un montón de arena en la vereda vecina, escuchó una pala que trabajaba, el ruido periódico que resumía en la l y la z. Le pareció que la arena al ser removida, al caer, hacía un ruido celeste.

Estela llega desde Buenos Aires a una localidad de provincia, con su título docente, su visión metropolitana y un proyecto de vida ligado al ejercicio responsable de la profesión. Llega también con sus heridas sentimentales y ese vacío existencial, producto de una libertad arriesgada y asumida, que marcó la conciencia y la visión del mundo de una generación.

Ésta es una novela de los años sesenta, y su protagonista representa tipo de muchacha culta, frontal, honesta, autocrítica, que vive las contradicciones de una juventud conflictiva atravesada por fuertes cambios culturales y por la perspectiva de un mundo nuevo o transformaciones que parecían ilimitadas.

La dura peripecia de su estada en "el pueblo de humo" adquiere para la protagonista la dimensión de un castigo, la imposibilidad de los vínculos, el fracaso de la convivencia.

No se menciona el lugar, pero se advierten -como señales de indudable procedencia autobiográfica- los caracteres de la pequeña comunidad pampeana, a través de un lenguaje realista y un sobrio despliegue de imágenes de la mejor prosa literaria, que jerarquizan la obra.

Dora Battiston